CARBERCA
30 cts
La novela
MUNDIAL
EL "MISERICORDIA"
por Carmen de Burgos
"Colombine"

LIBRERIA
ANTICUARIA
M. de Gastañaga, 13
Teléfono 98 521 28 38
33009 - OVIEDO
www.anticuaria.net
valdes@anticuaria.net

COMPLETE LA FELICIDAD

de su hogar adquiriendo una

PIANOLA

MARCA REGISTRADA

NO ES UN GASTO; ES UNA INVERSION

Pagando fácilmente por mensualidades supone UN AHORRO, porque el

PIANOLA - PIANO

es entre todos los instrumentos de su clase

EL UNICO { ARTISTICO, FAMOSO, GARANTIZADO, BARATO Y que

CONSERVA SIEMPRE SU VALOR

THE AEOLIAN COMPANY

S. A. E.

Avenida Conde de Peñalver, 24-MADRID

Elite.

CARMEN DE BURGOS

«COLOMBINE»

EL "MISERICORDIA"

NOVELA

ILUSTRACIONES DE BARBERO

LA NOVELA MUNDIAL

AÑO II — 4 DE AGOSTO DE 1927 — NUM. 73

MADRID

OBRAS DE LA MISMA AUTORA

NOVELAS

Los inadaptados.—*El último contrabandista.*—*El retorno.*—*Los espirituados.*—*La malcasada.*—*La mujer fantástica.*—*La rampa.*—*Los anticuarios.*—*El tío de todos.*—*En la guerra* (novelas cortas).—*La hora del amor* (novelas cortas).—*Ellos y ellas* (ídem íd.).—*Mis mejores cuentos.*—*Cuentos de "Colombine"*.

Y más de cien novelas cortas no coleccionadas en tomo todavía.

LIBROS DE VIAJES

Peregrinaciones. (Suiza, Alemania, Dinamarca, Suecia, Noruega, Inglaterra y Portugal.)—*Cartas sin destinatario.* (Bélgica, Holanda, Luxemburgo.)—*Por Europa.* (Francia e Italia.)

CRÍTICA

Giacomo Leopardi.—*Fígaro.*

LITERATURA

Al balcón.—*Confidencias de artistas* (dos tomos).—*Amadís de Gaula* (estudio).

BIBLIOTECA PARA LA MUJER

Más de 30 tomos prácticos.

EL "MISERICORDIA"

I

Tenía la tarde, que entraba por el balcón abierto, ese ambiente muelle y perezoso que se siente los días festivos, como si la paralización del trabajo restara vibraciones al aire y pusiera una somnolencia sestera en toda la ciudad.

El cielo azul luminoso de la Primavera, ya madura en mayo, cubría como una media campana la *Villa Nacionale*, con sus magníficos árboles, frondosos, de copas redondas, por entre cuyos troncos se veía el sereno espejo del Golfo de Nápoles.

Victoria, perezosamente recostada en su mecedora, con un libro, que no leía, en la mano, contemplaba distraída el desfile de coches que acudía a la famosa peregrinación de *Monte Virgene*.

Aquel espectáculo que atraía la gente y la hacía afluir de todos los visos a la clara y riente Riviera de Chiaia no le interesaba.

La campana del palacio, que anunció, con sus tres toques y su repique de incendio, la llegada del dueño, y el temblor del piso del gran salón al pasar bajo la bóveda del portal el automóvil que daba la vuelta en el

gran patio noble, la sacó de su distracción. Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

Alta, esbelta, elegante, de piernas largas como una Diana que amenazase convertirse en Juno cuando se tornara matronil y su rostro purísimo acusara más fuertemente los rasgos, y las cejas, grandes y dulces, color tabaco, dejaran de reflejar inocencia y se oscurecieran más.

La puerta se abrió, y un hombre joven, de porte gallardo, entró en la habitación. Se estrecharon en un abrazo.

—¡Cuánto has tardado!—susurró con mimo Victoria.

—Y temí no venir—respondió él—; mi enfermito estaba muy grave y los padres me pedían que no lo dejase. Por fortuna, ha pasado la crisis y se inicia una franca mejoría.

—¿Pero qué necesidad tenías de eso, Nicolás mío?

—Me obliga mi profesión.

—¿Para qué ejercerla?

—No hablemos de eso, amor mío; ya sabes que es lo único que he exigido al casarnos. No dejar de trabajar.

—Porque eres orgulloso.

—No equivoques la dignidad con el orgullo. ¿Pero no te has vestido?

—No.

—Quería que saliéramos: hace una tarde deliciosa, toda la ciudad está en fiesta. Hay que tomar parte en ella.

Se acercaron al balcón. No cesaban de pasar coches engalanados. No había rocín que no llevase enhiesta entre las dos orejas una gran pluma roja o azul, como caricatura de un sombrero de señora. Algunos iban cubiertos de gualdrapas con azabaches, cuentas, flecos y

madroños, y el enjaezado cubierto de flores y lazos. Los animales parecían sentirse felices y ufanos de su atavío, según se engallaban y caracoleaban, braceando con más donaire que de costumbre. Hasta los cientos de caballos ocultos en el motor de los automóviles debían sentirse dichosos en la fiesta, y los vehículos rodaban con mayor ligereza y gallardía.

Iban en todos los coches lindas mujeres bien vestidas, plenas de franca belleza meridional. Algunos conducían familias enteras, demasiado numerosas para un solo vehículo, sentados unos sobre otros, apretujados, desde la abuela a los pequeñuelos de pecho. Un padre levantaba en el pescante un chicuelo de dos años, vestido de *camisa negra*, para que todo el mundo lo viese, y sufría heroicamente el dolor de los brazos con tal de satisfacer su vanidad paterna.

La mayoría de los coches llevaban estandartes, banderas, guirnaldas de flores y luces eléctricas. A veces la multitud subrayaba el paso de una carroza con un rumor admirativo. En ningún coche faltaba la cesta con la clásica merienda: la *collana di catagne y nocciole* y el tradicional y minúsculo platillo de madera. De algunos coches arrojaban monedas, confetti, chocolates y medallas de la virgen, *Mamma Schiavena*, las cuales se disputaban muchachos astrosos y descalzos, los golfos o *scugnizzi*, a puñetazos, empujándose bajo las ruedas; algunas iban envueltas en serpentinas de colores.

—Da gusto ver cómo se divierten—dijo Nicolás, con su tolerancia de hombre feliz.

—A ti te llama esto la atención porque no eres napolitano—dijo ella—. Ya sabes que se dice que nuestro país tiene las tres efes: "Festa, farina y forca."

—No es eso. Aquí tenéis la alegría como si naciera

de la tierra, de los crepúsculos largos, del aire y del sol. Nápoles se divierte con alma y cuerpo. El que nos parece más pobre, es rico con su optimismo y su alegría.

—¡Si tú vieras el espectáculo de la llegada de esta romería a Mercogliano, donde pasan la noche, o mañana en la *salita* que conduce al Monasterio!

—Debe ser imponente.

—Sí. Van recitando las preces en voz alta; unos descalzos, otros de rodillas. No falta quien confiese a gritos pecados que no se pueden oír. A la entrada del templo tienen lugar escenas salvajes.

—Yo lo encuentro todo delicioso en Nápoles, quizás porque tú eres napolitana, nena mía. Esas continuas procesiones con que tropiezo todos los días en la calle, con sus cofradías, que parecen mascaradas; esos entierros donde se agotan todas las flores de los jardines de la ciudad; las calles pintorescas, las costumbres, todo me encanta.

—¡Eres muy bueno! Sin embargo, todas estas fiestas han degenerado mucho. Antes no había un napolitano que en día como éste se quedase en casa. Recuerdo que contaba mi abuela que las mujeres, al casarse, hacían figurar en el contrato de matrimonio la obligación que tenía el marido de dejarlas ir todos los años a esta fiesta y a la de *Piedegrotta*. Lo hacían cuestión religiosa. Hay un viejo romance que dice:

"No quiero perder por ti la fe,
salvar el alma me importa más."
(Non bboglio perdere pe tte la fede,
salvarme all'anema nune importa chiu.)

—Muy bien. Hagámonos a la idea de que esa cláusula ha figurado en nuestro contrato de boda, y vístete, iremos de fiesta también.

—Sí... Pero no a Monte Virgene; es demasiado popular.

—Iremos donde tú quieras.

Volvieron a abrazarse con ternura, como si se separasen para mucho tiempo, y Victoria salió del salón. La siguió su marido con los ojos, y luego volvió a mirar la fiesta, cada vez más animada.

Un año de casados no había agotado el encanto de su luna de miel. El era florentino; pertenecía a una noble familia arruinada, y su madre, viuda, le había costeado con gran trabajo la carrera de Medicina, enviándole a ampliar sus estudios a las más renombradas Universidades extranjeras. Tuvo la amargura de no poder lograr que ella gozase el fruto de su esfuerzo. Murió a los pocos meses de acabar él la carrera.

Tal vez por eso se había casado con Victoria. De vivir su madre hubiera sido difícil que consintiera en la unión de su hijo con familia de tan poca distinción. Su sueño era casarle con una aristócrata, y Victoria era millonaria, pero de humilde abolengo.

Su padre era hijo de un *cuenta historias* (Cantartorie) del puerto de Nápoles. Uno de aquellos hombres que se pasaban el día leyendo y recitando los famosos hechos de Rolando entre el corro que se formaba para escucharlo, y le daban al final de cada largo capítulo unos cuantos céntimos. Era como un único actor del teatro popular de *Reinaldo*, al que acudían los que no lograban asistir a los otros.

Don Matías, el padre de Victoria, vendía piñones

echado en el suelo a los pies de su padre, en medio de aquella reunión de mozos de ultramarinos y criadas que robaban el tiempo a sus amos; estudiantes que hacían novillos, costureritas seguidas de *galantuomi; lazaronis* sin trabajo, marineros con el clásico gorro de Masianello sobre la cabeza, comadres desocupadas, soldados en hora de paseo, chicuelos astrosos, niñeras y nodrizas con los bebés en brazos y algún que otro fraile o seminarista curioso. A veces interrumpían la narración del *cuenta historias*, que tenía el tono patético de los mendigos que imploran, para preguntarle si Flora, la hija del rey Silvio, se casaba o no se casaba con su enamorado, o cosas por el estilo.

En esos momentos el muchacho aprovechaba la ocasión de invitar al público a comerse los piñones, tan laboriosamente sacados por él de la cáscara y que despertaban su gula de un modo peligroso. Lanzaba su agudo grito:

—¡Comed piñones! *(¡Maynatevi i pignuoli!)*

Aquel chico vivaz y gracioso, con su melena negra y sus ojos inteligentes, que había de convertirse, con el tiempo, en el don Matías calvo, buchón y con lentes, llamó la atención de un fraile carmelita, que lo invitó a ir todas las tardes a su convento para darle un plato de macarrones y una lección de lectura, escritura y aritmética.

Salió un asombro para cuentas el chico. Poseía el don del cálculo mental. Bien pronto entró de empleado en una agencia de viajeros; después pasó a tenedor de libros; comenzó a trabajar por su cuenta, y la suerte le ayudó. Mudando de un barrio a otro, había hecho perder a los malévolos el camino de su prosperidad. Se hablaba de que hacía préstamos a retro, con descomunal

usura; el caso fué que al morir dejó una inmensa fortuna, que ni su misma esposa sospechaba.

Doña Pepa tenía ínsulas de nobleza, porque sus padres, comerciantes ricos, la habían educado en un convento de ursulinas, con todas las hijas de los aristócratas napolitanos. La molestaba mucho la versión de la procedencia de su esposo, que trataba de calumniosa. Aseguraba que don Matías era hijo de un caballero de Malta, e hizo grabar la cruz en todos los blasones que mandó hacer cuando compró el noble palacio de unos marqueses arruinados, en el mejor sitio de Nápoles. El lujo que desplegó agudizó las envidias. Sus amigas se complacían en hablar delante de ella con las locuciones napolitanas que llaman "Uno de los cuatro del mulo" a los insignificantes; dicen que "Habla mejor que Reinaldos" un sabio y que "es aficionado a Reinaldos" un amante del arte antiguo. Doña Pepa sufría, creyendo que todo eran alusiones al origen de su difunto.

La hermosa Victoria no había podido librarse del apodo de la *Piñonera (Pignainalaia)* que le daban los mismos que pretendían su belleza y su fortuna.

El amor de Victoria y Nicolás había sido un caso de flechazo. Se vieron y se amaron. Doña Pepa tuvo que acceder al matrimonio. El único escrúpulo de Nicolás era que se pudiera pensar que vivía a costa de su mujer.

—Una carrera—decía—es una fortuna. Un médico que ama su profesión y trabaja; un abogado que no sea un *paglietta, imbrugliune* o *strascinafacenne*, como llama el vulgo a los enredosos y a los ignorantes, puede ganar mucho dinero.

Estableció su clínica en el piso bajo del palacio, y bien pronto fué el doctor de fama de la ciudad.

nale
e h

—Me da envidia mi marido—solía decirle Victoria a su madre—. Tiene más renta que yo.

Doña Pepa torcía el gesto. Le hubiera gustado un yerno más sometido; pero nada decía, al ver el enamoramiento y la felicidad de los dos esposos.

No tardó en volver a entrar Victoria en el salón, vestida con un traje sastre, de lanilla blanca, y un sombrero blanco, con velo de tul.

—¡Vamos!

Su belleza morena resultaba más entre la blancura de su traje; brillaban sus ojos color tabaco y el cabello castaño, hoja seca, entre las luces y las sombras que formaban los pliegues del velo. Al ver la mirada de admiración de su marido, tuvo una sonrisa de satisfacción.

—¿Estoy guapa?—preguntó con coquetería.

—¡Estás divina!

La estrechaba con pasión contra su pecho.

—¡Loco!—dijo ella, entre risas, tratando de desasirse de su marido—. Me estropeas todo el traje. No voy a poder salir.

—Tienes razón. Vamos.

Subieron al automóvil que esperaba dentro del patio. El coche avanzó despacio, para lograr meterse en la fila de alegres vehículos que se apolpaban a todo lo largo de la Riviera, sin atropellar a la multitud de espectadores, algunos de los cuales habían colocado sillas en las aceras. Una mujer del pueblo, envuelta en un mantón de lanilla, permanecía inmóvil, de pie, delante de la puerta. El chofer tuvo que detenerse para no atropellarla, y redobló el sonido de la bocina.

Nicolás se puso de pie. Sus ojos tropezaron con los de

la mujer que detenía el coche. Un estremecimiento agitó todo su cuerpo.

—Espera—gritó al chofer, y abriendo rápidamente la portezuela, se bajó y acercó a la mujer.

—¡Pía!

—¿Me has conocido?

—Ya lo ves.

—Quiero hablar contigo.

—Comprende que no es el momento ahora. Dime dónde puedo encontrarte.

—¿Irás?

—Te lo juro.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo.

—Te esperaré a las siete de la tarde en la Vía Carminiella, número 7. Sube escalera número 3 del patio interior, al cuarto piso.

Nicolás sacó la cartera y apuntó la dirección.

—Hasta mañana.

Volvió al automóvil, donde esperaba Victoria extrañada, pero no inquieta. Estaba muy segura del amor de su marido, y una mujer del pueblo no le parecía una mujer.

—¿Quién era?—preguntó.

—La esposa de un antiguo criado de mi madre, que tiene el marido muy enfermo y quería que fuese a verlo hoy mismo.

—¡Vaya un procedimiento! Por poco la pilla el coche. ¿Qué le has dicho?

—Que iré mañana. Hoy le pertenezco a mi mujercita.

Ella volvió la cabeza para mirar a Pía; pero ésta había ya desaparecido entre la muchedumbre.

—¡Pobre mujer!—murmuró, preocupada—. Parecía

muy triste. No harás mal, no, yendo hoy a ver a su marido.

—Le he dado la dirección de uno de mis ayudantes. Hoy me siento muy egoísta. Me ha contagiado el ambiente. No quiero pensar más que en ti y en nuestro cariño.

II

Unos minutos después, Victoria se sentía ufana, sentada al lado de su marido, entre la larga fila de coches que, apartándose de la fiesta popular, llenaba el lujoso paseo que comienza en la Vía Pertenope.

Jamás había sentido así la belleza de aquel paseo que gozaba con todos sus detalles en el ambiente tibio de la tarde azul, en la que el mar tenía un fuerte olor a sandías.

Pero allí mismo, dentro de la ciudad, en el paseo de moda, estaba el pueblo de los pescadores que tiraban de la jábega frente a la Margellina. Veían a mujeres, viejas y chiquillas, arrastrar la maroma para acercar el copo. Sobre las rocas estaban las chaquetas de los hombres y las medias y zapatos de las mujeres. Se veían pedazos de lona izados en un palo, a cuya sombra vendían las mujeres los peces y las almejas que tan trabajosamente arrancaban los hombres, rastreando en el fondo del golfo. Más allá, cerca de las barcas varadas, estaban los pescadores componiendo las redes. Las mujeres, cerca de ellos, daban el pecho a los pequeñuelos o espurgaban a los mayorcitos.

La gran plaza estaba llena de tiendecillas y de los puestos engalanados con el oro de los limones en guir-

nalda, donde las mujeres de cabellos negros y crespos, con los morenos brazos al aire y los ojos vivaces, que tienen algo de mar y de Vesubio, vendían el agua sulfurosa "Bella zuffregna freda", encareciendo la frescura que *fa zumpa i dienti.*

Los pescadores y los artesanos engullían en los merenderos su plato de *tallarini;* otros se acercaban a los *ostricari,* para comer el marisco recién sacado, en su propia concha. Las frutas formaban tapices orientales con la variedad de sus colores. Se esparcía el olor del vino de los plantíos del Vesubio y de los campos ardientes, cuyos viñedos debían sentir el fuego en sus raíces, para comunicarle más fuerza. Sus grandes pirámides de melones eran como botijos llenos de zumo de la tierra y azúcar. Detrás de la mesa los vendedores, en mangas de camisa, despecherados, con la cabeza al viento, bajo el palio de su toldo, gritaban el llamativo pregón: "Con cinco céntimos, tú comes, bebes y te lavas la cara", sin dejar de destrozarlos con sus grandes facas. Y en medio de aquella alegría popular y mísera desfilaba toda la gente rica, todos los extranjeros que vivían en los grandes hoteles, arrellenados en magníficos trenes, con aspecto de gentes satisfechas, recién comidas, bien repletas de luz y de azul.

Pasaban amazonas. Era allí donde más se conservaban las amazonas, mezclándose las que montaban a horcajadas, con la falda corta, a las que conservaban la clásica silueta de la silla de corneta y la larga cola.

Desde la estrada nueva del Basilipo el paisaje cambió. Era imposible mantener la atención en un mismo sitio durante un minuto. A la izquierda, los mil senos y radas minúsculas de la costa, que penetraban en las cuevas y recovecos ocultos bajo los jardines y los ci-

mientos de los palacios. A la derecha se mezclaban lo suntuoso y lo pobre, lo magnífico y lo gracioso, lo sonriente y lo melancólico, todo como un álbum de acuarelas cuyas hojas revolviera el viento. Aquí, una enorme roca, cortada a pico, se elevaba amenazando a las casitas construídas a sus pies. Se veían entradas de quintas con pórticos caprichosos, poblados de naranjos y laureles; cortinas de hiedra y de glicinas trepando por los pórticos y los paredones. A veces, la molestaba una mirada de Nicolás a una mujer en una terraza, en un balcón o en el interior de una casa. Esas miradas que dejan como una flor prendida en el cuerpo de una desconocida.

De las terrazas de *La Estrella* salía un rumor de músicas y de voces alegres. Debía ser una fiesta de bodas. Se oía una de las bellas y alegres canciones napolitanas, que cantaba un barítono, mezclando el recitado al canto, y que coreaban todos en dialecto napolitano. Estallaba una tempestad de aplausos cada vez que se repetía el estribillo:

"Yo te adoro siempre mucho,
y tú no piensas en mí."
(Yo te voglio bene assage,
ma tu non pienz' a me.)

—¡Cómo son felices!—comentó ella.

—¿Y tú?—preguntó Nicolás.

La respuesta se la dieron los bellos ojos cargados de caricias que se fijaron en los suyos. Se detuvo el coche un momento para dejarles oír aquellos instrumentos populares que no conocía bien Nicolás. Era una rara zarabanda la que formaba la orquesta del *Zerrezerre*, al

chocar su lengüeta de hierro con las ruedas dentadas; el *triccaballacco*, con los dos bastoncillos de madera que golpeaban el centro, como martillos; al sacudirlos, como castañetas. Había *scertavaiasse* de caña, tamboriles, pitos, guitarras y panderetas.

Dieron la vuelta al Cabo, viendo a sus pies las chimeneas de las fábricas de Bagnoli y el golfo adornado con los grandes nenúfares de las lejanas islas de Prócida e Isia, la pequeña Nisida, como un gran macetón que adornase la entrada, y Capri, con su silueta de gran camello marino.

La vuelta de la rivera parecía aproximar más el monte Vesubio.

—Mira el volcán. Parece que nos viene persiguiendo.

—Es un volcán hecho apropósito para adornar nuestro Nápoles—dijo él—. Quizá demasiado pequeño, pero el modelo perfecto de los volcanes clásicos.

—No te burles. Tal vez cuando menos lo esperemos, una nueva erupción haga desaparecer a nuestro Nápoles, como han desaparecido *las Nápoles* antiguas.

—¿Te da miedo morir?

—Sí, porque soy muy feliz contigo.

—Pues yo quisiera morir ahora, así, en tus brazos, sin haber tenido tiempo de preverlo.

—¡Oh! Calla... No hables de eso... Yo aborrezco al Vesubio porque su aspecto trágico hace pensar cosas lúgubres.

—Lo calumnias. Es una chimenea de seguridad, por donde desfoga todo el fuego de estos *campos ardientes* que cruzamos.

—Ya sabes que este es el escenario del Infierno de Dante—repuso ella.

—Y de las églogas de Virgilio—respondió él—. Se

ven las cosas, no como ellas son, sino con el reflejo de nuestro espíritu. Yo lo encuentro todo bello.

Guardaron silencio. Les embriagaba el aire cargado de perfumes.

—No se sabe qué hierba produce este olor—dijo él—. Parece que sale de tus cabellos; que eres tú la que lo perfumas todo.

El ambiente infiltraba en sus venas un deseo de caricias, envolviéndolo todo en una caricia suprema, como si la Naturaleza entera palpitara de amor.

Nicolás miró el reloj.

—¡Las nueve menos veinte, y parece media tarde! Esta luz no viene ya del sol. Es luz de Nápoles.

Se detuvieron a la puerta del restaurante de *Friso*, donde ya había una larga fila de coches.

Jamás había ido allí Victoria. Había oído hablar de *Friso* como de un lugar un poco *cattivo;* un lugar de cenas de amor al que no se desdeñaban de acudir de vez en cuando las damas serias.

El fondo un poco canalla del espíritu se aguzó en ella. Sintió un deseo de probarle a su marido que podía ser una compañera de placer; quería que la tomasen por una conquista de Nicolás.

Se dió más rojo en las mejillas; acentuó la forma de corazón de los labios; se encajó el sombrero con coquetería, y entró con paso arrogante, cadencioso, de mujer de *cabaret.*

Nicolás estaba encantado de la gracia de Victoria. Ella, con los codos apoyados sobre la mesa, elegía el menú con desenfado, y sus ojos se hacían más inmensos y más sin fondo frente al mar. Era todo el Golfo una madrépora de tonos rosa, que se reflejaban en sus pupilas.

Se veía la silueta del viejo Castillo del Huevo, como escudo de nobleza y de antigüedad de Nápoles. Se asociaban en él las leyendas del fantástico encantamiento con que le hizo surgir Virgilio y las historias tenebrosas o galantes de las reinas que amaron o murieron en él. Sus viejos paredones desnudos y carcomidos, contra cuyos cimientos batía el mar, guardaban los secretos terribles y los tesoros desconocidos. Los baños, los restaurantes, el teatro de verano, cobijados al lado de la amedrentadora fortaleza, recortaban su silueta en el azul.

Fué una cena de enamorados. Comieron en el mismo plato y bebieron en la misma copa. Al final tomaron una barquilla y, sentados en la popa, abrazados estrechamente, sin cuidarse del marinero, que remaba como hombre acostumbrado a no ver, se mecían sobre las aguas serenas.

El Vesubio se había perdido, apagado en la sombra. Habían desaparecido las islas y la costa fronteriza. No quedaba más que un festón de rocas, contra el que se estrellaba con leve chasquido la inmensidad del agua.

—Te confieso—suspiró ella, apretándose contra el pecho de su marido—que me siento un poquitín borracha.

—Estás encantadora; pero ¿qué diría tu madre si te viera así?

—He querido ser tu amante, para gustarte más. No me regañes.

Un beso, que premió el sacrificio, se perdió entre el rumor del chapoteo de los remos.

III

Dejó Nicolás su automóvil ante la puerta de la *Galería Príncipe de Nápoles*, y, cruzando ésta, salió a la Vía Bellini. Allí tomo un automóvil de alquiler y se hizo conducir a la Plaza del Mercado. Le costaba trabajo orientarse entre todas aquellas vías para encontrar la Vía Carminiella. Una gran parte de la mísera calleja la ocupaba uno de esos viejos palacios convertidos en casa de vecindad, que hacen pensar que, en la antigüedad, Nápoles estuvo formado sólo de palacios, de los que el pueblo ha arrojado a la nobleza.

Atravesó la ancha bóveda de la entrada y penetró en el patio interior, que era como una gran plaza de pueblo.

En un ángulo había una verdulería, en cuyo fondo, entre los sacos de patatas y los manojos de acelgas, se veía el altar de la *Magdonna*, ante cuya imágen ardía la lucecilla que servía al mismo tiempo para alumbrar al marido de la vendedora, que jugaba a las cartas con dos compadres, sin preocuparse de ella. Era una buena moza, que, con los brazos al aire, estaba sentada junto a la puerta, ante un anafre lleno de ascuas, sobre el que iba colocando espigas de maíz. Les hacía coquetamente aire con el panero, como si ella se abanicase, y esparcía en torno suyo el olor a tostado, al que acudían

mozos y vejarrones, a los cuales les gustaba más la *espiganola* que las espigas asadas.

Cerca de una ventana dormitaba un viejo, borracho; al fondo, una mujer daba el pecho a un niño; al otro lado del patio había una herrería, donde varios hombres, sudorosos y entizonados, golpeaban el yunque, mientras otros punteaban una guitarra.

Una vecina había colocado en medio del patio la máquina de coser y dejaba caer a su lado el montón de las ropas de munición que confeccionaba. Más allá se enamoraban dos muchachos. Un postigo entreabrierto dejaba ver el rostro avizor de una vieja curiosa; cerca de ella, una muchacha dormitaba y cincelaba, entre cabezada y cabezada, un camafeo de lava.

Toda aquella gente suspendió sus tareas para mirar a Nicolás. Esperaban que preguntase algo. Varios muchachos que jugaban como guarrinillos, revolcándose, a la entrada, rodaron hasta él, y una manada de gatos vino a refregarse contra sus piernas.

El se orientó un momento y subió una estrecha escalera pina hasta el cuarto piso. Cruzó ante otras puertas y otras escaleras, corredores y pasadizos que conducían a las mil viviendas en que estaba dividido el edificio. A su paso maullaba, hambriento, aquel centenar de gatos bohemios, de los innumerables que viven en Nápoles, en calles, azoteas y tejados, sin saber cómo se mantienen.

No tuvo necesidad de llamar. Se abrió una puertecilla y apareció Pía, vestida con un pobre traje de lanilla azul.

—¡Pasa, Nicolás; creí que no vendrías!

—Te lo había prometido.

—¿Puedo yo tener mucha fe en tus promesas?

—¡Hay cosas en la vida!...

—No te disculpes. Tenemos que aprovechar el tiempo, ya que Dios ha querido que te vuelva a ver. Hace cinco años que te fuiste de Florencia. ¿Te acuerdas?

—De todo, Pía.

—Yo pensé que no me ibas a conocer.

—Ya ves que no ha sido así, y que en seguida me acerqué a ti.

—¿Era tu mujer aquella señora? ¿Quién le has dicho que soy yo?

—Esposa de un cliente.

—Te es muy socorrida tu carrera, para engañar mujeres.

—Pía, te ruego que no hablemos de esto. Dime qué quieres de mí.

—Para mí, nada... Sólo para el niño.

—¡Pía!

—Cuando te fuiste..., cuando me abandonaste..., poco después..., nació mi niño. ¡No quiero contarte todo lo que he sufrido! Recordarás que yo no tenía más familia que una hermana... Ni ella ni mi cuñado me quisieron en su casa. Yo era una mujer deshonrada por haberte querido. Sólo tú seguías siendo persona decente.

Nicolás no sabía qué decir. Hubo una larga pausa, llena de recuerdos.

—Me echaron a la calle... Al fin, encontré un hombre que me quiso, le dió su nombre a mi hijo y pensé que iba a vivir tranquila.

—¿Te casaste?—preguntó, sin poder contener cierto tono de reproche, Nicolás.

—No. Vivimos juntos; pero reconoció al chico. Yo no quería que no tuviera apellido. Llegará el día en que será hombre, irá al servicio, se casará, y no quiero que

pase la vergüenza de no saber quién es su padre. Las madres no somos como vosotros, que dejáis los hijos: "¡Ahí queda eso!"

—Yo no sabía...

—¡Cállate! Te debía odiar, por todo lo que estoy pasando.

—¿No eres feliz?

—Luiggi es borracho..., juega...; la miseria llena nuestra casa..., por más que yo trabajo.

—¿Es malo para ti?

—Cruel... Me pega, me maltrata..., y lo peor es que ahora la ha tomado con el niño...

—¿Y tú lo consientes?

—¿Qué voy a hacer? Legalmente, nuestro hijo es hijo suyo. Hijo de Luiggi Berganza.

—¿Y por qué no lo abandonas?

—Porque tiene derecho a quitarme mi hijo. Además, me mataría. Es un hombre terrible, un calabrés de la montaña. Le tengo miedo.

—¿De qué vive? ¿Qué hace?

—No lo sé. Dice que trabaja en una carpintería; pero hace la vida de todos los *lazaronis:* obreros unas veces, mendigos otras... Podríamos vivir si fuera frugal como los otros, que con un plato de macarrones y un vaso de agua de limón son felices, aunque duerman en medio de la calle...; pero él se lo juega y se lo bebe todo.

—¿Por qué no huyes?

—¿Cómo y adónde?

—Hay que pensar en eso.

—No es tan fácil: tiene pasión por mí. Cometería un crimen si lo dejara.

—¿Y...? ¿Y... el niño?

—Lo envío a una escuela donde me llevan dos sueldos

al día. No le enseñan más que a jurar y hablar napolitano; pero lo quito de esta casa y de la calle. Pronto tengo que ir a recogerlo. Ya verás qué lindo es. Se te parece.

Sentía él despertarse en su espíritu un gran interés por aquel hijo, del que nada había querido saber cuando rompió sus amores con Pía, al irse de Florencia, sin darle más importancia que a una aventura vulgar.

Pero aquella simpatía por el hijo nacía de la contemplación de la madre. La joven era un tipo de belleza perfecta: más hermosa que cuando la conoció.

Pía era florentina. No tenía ni un solo rasgo de las napolitanas. Nada de hosco ni español. Era el trasunto acabado y noble de la raza toscana en toda su pureza.

Alta, flexible, gallarda, su estatura, en proporción de la mísera estancia, parecía superior a las demás mujeres; estatura de diosa disminuída por su voluntad. Era blanca, muy blanca, con blancura en la que no hay rosa, ni amarillo, ni añil. Blancura de leche, espesa y sin reflejos; sobre la que se destacaba la boca roja, de admirable dibujo, y los grandes ojos pardos, que lucían bajo el arco delicado de las cejas y la frente tal vez ancha en demasía, pero que daba mayor nobleza al rostro. Una figura de Virgen-Madre, florentina admirable, un poco macerada como la *Magdonna del Gran Duque*.

Pero había perdido su antigua modestia, algo bobalicona, para adquirir un aire de *truana*, un poco cínico, que lo atraía y lo molestaba.

—Mira, Pía, yo lamento todo lo pasado. Te juro...

—No te molestes... Lo pasado, pasado. Lo que hay que pensar es en el presente.

—Tienes razón. Yo no quiero que ese niño, que dices que es mío...

—¿Que digo que es tuyo? ¡Que lo es! Ya verás, tu retrato. No puedes olvidar que fuiste mi primer amor... Bien lo sabes...

—Sí... No quiero que esa criatura pase falta. Toma quinientas liras. Cuando se te acaben te daré más. Hazme un presupuesto de lo que necesitas para vivir bien. Además, yo cuidaré de sus estudios. Nosotros no debemos volver a vernos.

—¿Le temes a tu mujer?

—No es eso.

—¿A Luiggi?

—¡Menos!

—¿Entonces?

—Te temo a ti.

—Es gracioso. ¡A buena hora! Pero yo quiero que veas a Nicolasito.

—A nada conduce eso.

—No seas desnaturalizado. Vuelve siquiera una vez.

—Bueno.

—Ven el jueves de la semana próxima. A esta hora Luiggi está seguramente en el trabajo; pero antes de entrar mira si hay ropa tendida en mi ventana. Si la hay, subes.

—¿Y si llegara... él?

—Diré que eres el médico de la Sociedad.

—Bien... Hasta el jueves.

—¿Te vas así?

Le echó los brazos al cuello, lo apretó contra su pecho y lo besó con pasión entre los cabellos. El se sentía desfallecer; pero se apartó dulcemente y escapó. En el fondo del aliento de aquella mujer le parecía percibir el tufo de otro aliento repugnante, que impregnaba la habitación y la casa toda.

IV

No pudo Nicolás apartar durante toda la semana de su espíritu la imagen de Pía. Hubo momentos en que se propuso no volver a verla, y hasta le dijo a Victoria que el jueves harían una excursión a Capri. Pero el miércoles, mientras comían, rectificó:

—Iremos la semana que viene. Tengo un enfermo grave.

Al día siguiente, una hora antes de la señalada para ver a Pía, vagaba ya a pie por aquel barrio viejo de Nápoles donde palpitaba toda la historia antigua, desde la *Via de Tribunals* a la *Puerta Capuana;* le parecía todo lúgubre y triste: cárceles miserables, desde las que los presos podían vislumbrar la calle entre cortinas de telarañas; hospitales lamentables, cuyos lechos se distinguían al fondo de las destartaladas estancias y donde los enfermos lucían la amarillez de la cera tras los vidrios; el antiguo palacio de los reyes de tan macabra historia; iglesias tradicionales donde aun hacían milagros los santos; capillas que asomaban las campanas por los balcones de los viejos edificios. De vez en cuando, la luz que ardía ante un cuadro o un altar atraía su atención. Parecía que todos los santos del calendario tenían culto público en las calles de Nápoles. Ni-

chos, hornacinas, cuadros de relieve, escaparates y vitrinas tenían estatuas y estampas de toda la corte celestial, entre flores de trapo, talcos relucientes, ex votos, velas y lamparillas.

Estaban allí, en las sucias vías, de ambiente irrespirable, donde sus pies se hundían en la basura, todos los santos patronos de los antiguos gremios. El Santo Arcángel, patrón de los armeros, con su espada flamígera, parecía guardar un callejón tan estrecho que sería difícil pasar con una sombrilla abierta. Más allá San Vito, patrón de los botoneros, y San Biagio, de los talabarteros. La vía *Orefici* conservaba la especie de vitrina a que se asomaba Santa Agata, y más cerca del mercado la capillita, llena de innumerables cirios, de Santa María de los *pescivendoli*, como llamaban a los vendedores de peces, con esa tendencia a unir varias palabras en una del dialecto napolitano. Aquellas luces de los nichos de los santos, en vez de alumbrar, hacían más oscura la calle. Miraba impaciente el reloj y se decía queriendo disculparse:

—Si yo no hubiera venido, Pía sería capaz de dar un escándalo.

Al fin se dirigió a la vía Carminiella. Miraba la verbena de ropas goteantes que pendía de los balcones y de las cuerdas que formaban toldos a los callejones: sábanas remendadas, camisones desgarrados, delantales de lienzo color pobre; de vez en cuando, un corpiño rosa, una camisa violeta, denunciando una coquetería femenina. En la ventana de Pía había tendidos un trajecito blanco de niño y una camisa azul de mujer.

Atravesó el patio, entre las miradas de curiosidad de todos los vecinos, tropezando con chicos y gatos, y subió de dos en dos las escaleras. La puerta de la habita-

ción de Pía estaba abierta, y la joven, sentada en el borde de la cama, tenía un niño en los brazos. Tuvo Nicolás la rápida visión de contemplarse en un antiguo espejo, donde se hubiera quedado su imagen, en brazos de su madre. ¡Tanto se le parecía el niño! Quiso abrazarlo; pero la criatura, asustada, se defendía de sus caricias.

—¡Es el tío! ¡El tío!—le decía Pía—. ¡El que te compra los caramelos y el jamón!

Convencido por eso el niño, se dejó besar.

—Siéntate aquí, cerca de mí—dijo Pía—. No tengo silla que ofrecerte.

—¿Por qué no la has comprado? Ya te he dicho que te daré cuanto necesites.

—Luiggi no lo consentiría. He tanteado el terreno estos días. Su cariño por mí es mayor que su avaricia. Tengo que ocultar el dinero.

—¿Qué piensas hacer?

—No sé. Le doy de comer bien a Nicolasito cuando Luiggi no está en casa. El no lo dice porque sabe que tú eres su tío y su papá no te quiere. Guarda el secreto.

—Y como huevos—dijo el pequeñuelo.

—¿Sí?

—Y chocolate.

—¡Muy bien!

—¿Me vas a dar más?

—Todo el que quieras.

—Yo no diré nada.

En aquel momento se oyó una terrible gritería en la calle. Pía y Nicolás corrieron a la ventana. Dos mujeres, cogidas del cabello, luchaban desesperadamente al par que se chillaban los más groseros insultos. Una de

ellas era la verdulera del patio; a la otra no se le veía el rostro. Sólo se le distinguían las manos, que se le crispaban en una convulsión de agonía engarrotadas en el cabello de su rival. Chillaban los chiquillos, los gatos y las mujeres; pero nadie las separaba.

La mano de la desconocida arrancó un trofeo sangriento del cráneo de la verdulera en un supremo esfuerzo. El dolor hizo aflojar a la verdulera, y aprovechando la coyuntura la otra quiso echarle mano a la garganta, sin lograr más que asirle la mandíbula inferior. La apretaba contra la pared, dispuesta a dar fin de ella. Entonces apareció el marido, que al ver el peligro de su mujer, cogió una silla y la enarboló en alto, dispuesto a romperle la sesera a la contrincante. Pía dió un grito de horror. Por fortuna, los mirones reaccionaron y se abalanzaron a sujetarlo. Las comadres tiraban de las dos mujeres para separarlas; cosa difícil, porque tenían los dedos como anudados a los cabellos enredados y chorreando sangre.

—Esto es todos los días—dijo la joven—. No puedo acostumbrarme a vivir de este modo.

—De ti depende el mudarte, y no quiero que continúes aquí.

Pía temblaba.

—Mira: Luiggi está allí parado hablando con otro, al comienzo de la calle. Márchate antes que llegue...; pero prométeme volver el jueves próximo.

—Te lo prometo.

Pasó entre el barullo de las comadres que comentaban la pelea, y siguió calle adelante hacia el sitio donde estaba Luiggi, que no reparó en él.

Era un buen mozo, moreno, de bigotes largos y finos y expresión que hacía austera una cicatriz que

le cortaba la mejilla izquierda desde la sien a la boca.

Era la cicatriz que lucían con orgullo los buenos mozos de Nápoles, como la cruz laureada, que acreditaba que los había querido mucho una de esas reales hembras de rompe y rasga, morenas, bravías, pasionales, que tenían siempre la navaja pronta para cortarle la cara al amante en un ataque de celos.

Nicolás iba como mareado; cruzó los mismos vicos de antes, mirando con interés todos los corpiños rosa y violeta que se destacaban de la exposición de trapos viejos. La *Plaza del Mercado* le daba la impresión de tragedia que sienten hasta los que desconocen su historia. La sensación que producen los lugares donde se han truncado muchas vidas. El la había sentido en la Plaza de la Concordia de París y en la Torre de Londres: una sensación de *último suspiro*. Recordó las grandes figuras supliciadas en aquel lugar. El triunfante Masianello Agniello Falconi, capitán de la célebre Compañía de la Muerte, toda compuesta de artistas que luchaban por la independencia. La noble Eleonora de Fonseca, insultada por la muchedumbre. Ettore Carrafa, que alzó el rostro para ver caer la cuchilla. Todo eso que había pasado en los demás países estaba vivo allí. La fuente con la mancha oscura, que el vulgo cree la sangre de Conradino, el niño-rey que arrojó su guante al morir pidiendo venganza, seguía manando, viva como la sangre de San Jenaro.

Sintió un escalofrío extraño en la medula, como cuando un magnetizador mira en la nuca. Se volvió. No había nadie. Los puestos estaban cerrados, y de la iglesia cercana salía olor a incienso.

V

Se alarmó Nicolás con la carta de Pía pidiéndole que en vez de ir a su casa de la Vía Carminiella fuese a verla en aquella casa esquina al Borgo y cobijada bajo la alta torre de la iglesia del Carmine. Lo recibió la dueña de la casa, la signora Giovanna, viuda de un bombero, que vivía de su viudedad gracias a prestar diariamente su dinero a las vendedoras del Mercado, por las mañanas, a la hora de adquirir las mercancías, y cobrándoles por la tarde con un cincuenta por ciento de beneficio. Era una mujer enérgica, sana, hombruna, y vivía tranquilamente, su vida vegetativa, como planta bien estercolada, sin que se le conociera más pasión que la avaricia.

—Pase usted, señor doctor; ya sé de lo que se trata—dijo—. Por eso he ofrecido mi casa. La pobre Pía debe estar al llegar con ese amor de hijo.

Era un cuartito exterior bastante aseado, con una consola, sobre la que se veía la Virgen Adolorada, con sus puñales al pecho, entre ramos de flores de talco. En medio de la estancia había un velador con tapete de *crochet* y varias sillas de mimbre alrededor de las paredes.

Pía llegó cansada, con el niño en los brazos y los ojos de haber llorado.

—¡Nicolasito está malo! No quiere comer; tiene vómitos. ¡A ver si le sirve de algo tener el padre médico!

Nicolás examinó al niño, escribió una receta y puso un billete de cien liras sobre la mesa.

—Si tuviera usted la bondad de traer ese remedio y quedarse con la vuelta, se lo agradecería—le dijo a Giovanna.

Esta no se hizo repetir la invitación para sepultar el dinero en los bolsillos de su delantal.

—¿Qué tiene?—preguntó.

—Una ligera indigestión. No creo que sea de cuidado.

—¡Claro! Desde que *ha parecido* usted el angelito come, y como no tenía costumbre...

Salió y los dos se encontraron solos frente a frente.

—No he querido que fueras a mi casa—dijo Pía—porque he notado que los vecinos reparaban ya en tus visitas. Podía enterarse Luiggi.

—¿Tanto miedo le tienes a ese hombre?

—Sí. Tú no sabes lo terrible que es. Lleva siempre *el Misericordia* en la cintura. Yo no puedo verlo sin que se me hiele la sangre.

—¿Qué es *el Misericordia?*

—El cuchillo que usaban los camorristas.

—¡Bah! ¿Pero existe eso?

—Sí... Se los transmiten de padres a hijos... Son unos cuchillos que da miedo verlos; parece que tienen sed de sangre y que matan ellos solos.

—¡Qué niña eres! ¿Pero cómo tiene Luiggi ese cuchillo?

—Porque su abuelo era *camorrista propietario*, y su padre, *picciciuoto di Sgorro*.

—No entiendo qué quiere decir eso.

—Se llamaban así los ayudantes de la Camorra. Los que querían pertenecer a ella, después de haber hecho muchas valentías, juraban sobre dos de esos cuchillos puestos en cruz la obediencia y el secreto y los admitían de ayudantes. Luego, cuando tenían servicios, se verificaba la prueba y ascendían a Camorristas simples.

—¿En qué consistía la prueba?

—En un duelo a cuchillo. Si vencían, "Reconocían al Hombre", y ganaba mucho dinero sin más que pagar su parte al *Camorrista Propietario*.

—¿Pero cómo ganaban el dinero? ¿Robando?

—No. Cobraban la contribución de la Camorra. El décimo de lo que vendían las tiendas del barrio que a cada uno le tocaba.

—¿Y les pagaban?

—Sí; los napolitanos pagaban siempre a la Camorra. Es mejor pagar que llorar. Pero ahora han perseguido mucho *esa orden*.

—Ya no existe.

—Aun queda algo. Yo estoy enterada por Luiggi; pero la Policía no quiere ya ser amiga de los camorristas. Tienen que ocultarse. Ni siquiera ganan para el aceite de la lámpara que le costeaban a la Virgen de la Cárcel de la Vicaría, de la que todos eran muy devotos.

Cuando regresó Giovanna y administró al niño la medicina, Nicolás se despidió, prometiendo volver al día siguiente. Su deber de médico tranquilizaba su conciencia.

Así siguió yendo todos los días a visitar a Nicolasito.

El niño mejoraba y esperaba impaciente la visita del tío que le llevaba juguetes y golosinas, las cuales tenía que dejar en casa de Giovanna hasta volver al día siguiente.

Encontraba Nicolás una gran dulzura en acariciar al niño. Sus cabellos eran más sedosos y sus carnes más suaves que cuantas había tocado jamás. El color de carne de su carne, mezclada a la carne de ella, en una criatura nacida de su amor, lo turbaba de un modo inexplicable.

Giovanna lo contemplaba jugar con el niño con aspecto enternecido.

—¡Qué suerte! ¡No saben ustedes lo que tienen! Yo tuve dos que se me murieron pequeños. Los matamos entre su padre, que de Dios goce, y yo.

—¿Qué dice usted?

—Sí, los matamos de tanto quererlos. Al mayorcito, por cuidarlo, le dábamos todas las medicinas que había en el libro de *Medicina infantil*, y el médico dijo que le sentaban mal. Quizás fué envidia, porque si todo el mundo tuviera los libros poco ganarían ustedes. El otro murió de meningitis, cuando ya se sabía de memoria todos los pueblos del Piamonte, y los decía como una carretilla. Dijeron que se murió de tanto aprender. Si Dios no nos lo quita hubiera sido una lumbrera.

Algunas veces, ante las gracias de Nicolasito, la mujer torcía el gesto.

—Es demasiado listo este niño. No se va a lograr.

—¡Como si no vivieran más que los tontos!—protestaba Pía.

Una tarde le preguntó Giovanna al niño:

—¿Quieres mucho a don Nicolás?

—Mucho.

—¿Quieres que sea tu papá?

—Sí.

—No le diga usted eso—reprendió Nicolás.

El niño, que se había alejado jugando, volvió.

—¿Quieres tú ser mi papá?

—Sí...; pero tienes el tuyo.

—Te quiero a ti más.

—Si se entera te pegaría.

—No se lo digo más que a ti.

Desde entonces el niño le llamaba papá.

—Es preciso que yo ponga coto a esto—pensaba Nicolás—. Debía confesárselo todo a Victoria; no tenemos hijos, amaría a Nicolasito y lo educaríamos. Le daría a Pía para que viviera tranquila...

Pero los días pasaban y no se resolvía a decirle nada a ninguna de las dos mujeres.

Todas las tardes, después del paseo, dejaba a Victoria y se metía en aquellos callejones del *Pendino* y el *Mercado*, con su laberinto de callejuelas, donde había un rebaño de mujeres flacas que lo llamaban al pasar. Cruzaba una feria de viejo: lanas, pañuelos, comestibles, hierros y muebles usados.

Pasaba el Borgo, entre las hornillas humeantes, con las calderas de macarrones nadando en la salsa rojiza, de la que los cocineros sacaban grandes cucharones para llenar los platos de barro a los hombres y mujeres, que los comían con la mano, de pie o sentados, en torno de las mesillas de madera, sucias, renegridas y desvencijadas. Seguían con los ojos la madeja de macarrones que levantaban en el aire y dejaban caer desde lo alto en la boca abierta, como si creyesen, igual que los árabes, que Dios bendice lo que se come con la mano.

Infestaba el ambiente el olor de masa frita y de

los hornos de las *Piserías*. Centenares de vendedores ambulantes daban idea de un pueblo hormilón. Se veían por todas partes puestos de polenta, de bacalao en remojo, sobre cuyos trozos desgustados caía el agua corriente; carnicerías que retenían las moscas de todo el barrio pegadas a las grandes asaduras y los perniles suculentos.

Los vendedores de tela, con el fardo a la cabeza, invitaban a probar la resistencia de la mercancía: "*Si ce dalli cu curtiello nun a rumpi sta tela.*" Eran innumerables los cafés, las tabernas y las barberías al aire libre. Corrían fuentes, donde los aguadores llenaban sus cubas y donde por un sueldo bebían los caballos de las derrengadas carrocelas. Todo eran voces, silbidos, estruendo... Sentía allí a Nápoles con esa fuerza superior a todas las ciudades del mundo, como saturado de los aromas que se queman en el gran pebetero del Vesubio.

En aquel barrio, rebosante de vida animal, dentro de la gran ciudad, encontraba a su hijo y a Pía.

Mediaba ya entre él y su antigua novia una especie de complicidad. Ella tal vez alentaba una esperanza, según se presentaba cada día más cuidada y más bella. Aquella tarde encontró sola a Pía.

—¿Y el niño?

—Lo ha llevado de paseo la señora Giovanna.

—¿Por qué lo has dejado, sabiendo que yo iba a venir?

—Precisamente por eso.

Hubo un silencio molesto.

—Tal vez sea mejor—dijo al fin Nicolás, apartando temeroso la mirada de Pía—. Desde el primer día que vine a esta casa tenía algo que decirte y no te lo he explicado aún.

—Pues dilo todo, que ahora es la ocasión.

—Pía, no debemos ya hablar de nosotros. Si hemos tenido errores; si hemos procedido mal..., lo hecho, como tú me dijiste el primer día, no tiene remedio. En más o menos grado, ambos somos culpables con un inocente. Nosotros no podemos ser felices. Hay que salvarlo a él.

—Eso quiero.

—Tenemos que librarlo de ese hombre, que no sólo lo maltrata indignamente, sino que hará más adelante de él un bandido y un borracho. Librarlo de que lleve el nombre de un camorrista y siga su ejemplo.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Luiggi no me conoce; no sospecha que soy el padre de Nicolasito; puedo hablar con él y...

—¡Qué disparate! Sospecharía en cuanto te viera. El niño es tu retrato.

—Cierto. Buscaremos quien le hable. La misma señora Giovanna.

—¿Qué quieres decirle?

—Le propondrá que consienta en que un matrimonio sin hijos adopte al niño.

—No comprendo lo que dices.

—Lo prohijaremos mi mujer y yo... Lo llevaremos a nuestra casa... Lo educaremos...

Pía se había puesto de pie y lo miraba con los ojos muy abiertos, con una expresión indefinible.

—¿Y yo? ¿Y yo?—gritó.

—Ya hemos dicho que hay que prescindir de nosotros.

—¿Y quedarme yo sin mi hijo? ¡Sin mi sola alegría! ¡¡Robármelo!!

—Es para que lo llegues a ver feliz.

—¡Renegando de su madre!

—¡Cómo exageras!

—¡No! ¡No! ¡Antes prefiero verlo muerto!

—Reflexiona. No te pongas así... Piénsalo.

—No tengo nada que pensar. ¡Mi hijo es mío! ¡Me ha costado muchos dolores, muchas vergüenzas, muchas penas, para que ahora vengas tú, que lo abandonaste, y te lo quieras llevar!

—No es por egoísmo, Pía. ¡Te lo juro! Es por su felicidad.

—No hay felicidad sin la madre, que lo ha tenido en sus entrañas.

—Pero ese hombre...

—Yo había encontrado el medio de arreglarlo todo cuando no sabía lo infame que eres.

—¿Qué medio es ese?

—¿Para qué decírtelo?

—Debo saberlo todo; aceptes o no. Quizás es esta la última vez que nos vemos.

—¡La vez última! ¿Nos abandonas de nuevo? ¡Haces bien! ¡Egoísta! ¡Malo! ¡Dios te pedirá cuentas!

—Déjate de niñerías, Pía. Yo no os abandono; no os puedo abandonar, porque estáis muy dentro de mi corazón. Aunque no os vea no os faltará nada.

—¿Y crees que basta con eso? ¿Te conformas con no ver a tu hijo? ¡Y el angelito te quiere tanto!

—No me martirices. La vida tiene tiranías insuperables.

—Sí... Tienes razón. Es mejor que te vayas. ¡Vete! ¡Vete!

Se retorcía las manos con desesperación; se rompía la ropa; se arrancaba los cabellos y se arañaba el rostro.

Nicolás acudió a ella asustado, sin poderla contener. Era una furia hermosa como una divinidad.

—¡Y yo que había soñado en huir de ese hombre!—gemía—. ¡En irme muy lejos! ¡En llevarme a mi hijo y que no supiera más de nosotros!

—¡Cálmate! Eso puedes realizarlo. Soy rico. Te daré cuanto necesites.

Se tranquilizó ella.

—Yo volveré—continuó Nicolás—. Lo arreglaremos todo. Te irás con tu hijo donde quieras. ¡Ojalá seas feliz!

—¡Feliz! ¿Y tú?

—Te repito que tenemos que olvidarnos de nosotros.

—Es que yo no puedo ser feliz sin ti—rugió Pía, con un grito de pasión salvaje.

Se echó en sus brazos; lo envolvió con sus cabellos; lo cubrió de besos hambrientos.

—¡Te adoro! ¡Mi solo amor! ¡Pasión de mi vida!

Cuando volvió Giovanna con el niño, al anochecer, Pía estaba encendida, feliz, radiante, y Nicolás tenía todo el aspecto de un hombre resignado y vencido.

VI

Había resucitado en su alma la antigua pasión por Pía, pero más encendida y más ardiente. No podía pasar sin verla. Pía estaba todo el día en casa de Giovanna. Había persuadido a Luiggi de que estaba a su servicio, y él la dejaba en libertad, contento de que le diese dinero para sus borracheras y de que fuera a pasar las noches en su zaquizamí.

Aquella promiscuidad con Luiggi desesperaba a Nicolás; pero Pía sentía un miedo insuperable de su amante.

—Es preciso esperar—le decía—. Ya apenas falta un mes. Todas las Navidades se va a Calabria. Cuando él se marche huiré.

Nicolás se conformaba. Pasaba con ella muchas horas del día. Por vez primera había faltado dos veces a comer a su casa. Pía le preparaba comiditas de estudiante, a estilo de su país.

—Es encantador ser pobre—le decía—. Tú, como *te has vuelto* millonario, no sabes ya lo que se goza con estas cosas.

—Te engañas. Soy un pobrecito que no tiene más riqueza que tú.

Giovanna se llevaba el niño y ellos se quedaban solos.

El tiempo huía sin sentirlo. Nicolás llegaba tarde a su casa, y tenía que volver a comer con Victoria, inventando disculpas por sus tardanzas.

Se daba el fenómeno de que, conforme crecía su amor por Pía, crecía también el que le profesaba a Victoria. Era una hiperestesia amorosa, excitada por aquellas dos mujeres. No podía prescindir de ninguna de ellas. Se habían confundido en su ser de tal manera la una con la otra, que formaban un todo. Le parecía que las llevaba grabadas en sus pupilas. Cuando estaba al lado de una de ellas, no tenía más que entornar los ojos, y veía, como se ven las vírgenes de Lourdes cuando se mira por el agujerito de un punzón o un alfiletero, a la que estaba ausente. Las dos se le aparecían siempre bellas, incitantes con su boca abierta en risa y los labios gordezuelos y rojos prometiéndole besos.

Y, sin embargo, la situación, por parte de Pía, se hacía insostenible. La joven había reñido dos veces con Luiggi.

—A pesar del miedo que le tengo al *Misericordia*—le decía—, hay ocasiones en que pienso decírselo todo. No lo puedo soportar. Me hace daño hasta que me toque con la mirada.

—Hay que apresurarnos a que te vayas—respondía él.

Partía el tiempo entre las dos mujeres: las tardes, con Pía, y las noches, con Victoria. Era el marido modelo, apasionado, que no faltaba de su lado jamás; ni *club*, ni amigos, ni teatros.

—Su trabajo y yo le ocupamos todo el tiempo—decía Victoria, satisfecha.

Por las noches, desde que comenzaron los fríos, se reunía en su salón una tertulia. Iban muchos amigos,

señoras ricas, que tenían el lujo de las enfermedades crónicas y les gustaba intimar con su doctor. Doña Pepa, la madre de Victoria, no faltaba jamás, contenta de que la fama del yerno hubiese borrado el apodo del esposo y el recuerdo de su humilde origen.

Muchas señoras, para dar mayor aire de intimidad a la velada, llevaban sus labores, que compraban empezadas y no se acababan nunca.

Victoria misma tenía entre las manos finas y blancas una labor de crochet que le servía para lucir su belleza, las uñas miniadas y las artísticas sortijas.

Los caballeros solían jugar una partida de ajedrez o de tresillo. Eran todos gentes serias, esposos de las amigas de Victoria, compañeros de profesión de Nicolás y algunos viejos magistrados.

Una noche se hablaba de la camorra que había conocido uno de ellos.

—Yo desearía—dijo Nicolás, pensando en los miedos de Pía—tener en mi panoplia uno de esos famosos cuchillos a los que llaman *Misericordia* los camorristas.

—Líbrese usted de hacerlo—repuso el anciano—. Traen la mala suerte.

—Cree usted en eso, como buen napolitano.

—Creo en lo que veo. Estoy seguro de que esos cuchillos tienen un maleficio; hay en ellos una inclinación a matar, independiente de la persona que los maneja. Tienen algo de esos cachorros de animales feroces que son inofensivos, hasta que una vez prueban la sangre. Después, necesitan sangre siempre.

—Me da miedo oírle—dijo Victoria.

—Yo—siguió el magistrado—propuse a la Audiencia que se destruyeran esas armas, acostumbradas a matar, conforme iban llegando. Pero no me hicieron

caso, y en mi larga vida judicial he visto volver cuatro o cinco veces el mismo cuchillo homicida al Juzgado.

Los oyentes callaban, impresionados.

—Hablemos de otra cosa—protestó una señora.

—Yo—acabó el juez—estoy tan convencido de que los *Misericordia* tienen voluntad de matar y matan solos, que no me esfuerzo por buscar el asesino cuando la víctima está herida por el *Misericordia*. Son dos víctimas del cuchillo, lo mismo el muerto que el matador.

Aquella noche, Nicolás no pudo dormir. Estrechando a su mujer entre sus brazos, no podía olvidar a Pía. La veía cerca de aquel hombre inmundo, que tenía un cuchillo de la Camorra al alcance de su mano. Sentía como ella el miedo al terrible *Misericordia*, que debía su nombre a la piedad de matar siempre, en vez de herir. Era el cuchillo que mataba siempre de un solo golpe.

—Es preciso que yo la libre de ese bandido, sin esperar más—se decía—. Por fortuna, ya la semana próxima comienza la Navidad.

Había proyectado hacer un viaje con su mujer. Unos meses en París y en Niza. Pía coincidiría con ellos en las mismas ciudades. Al regreso, cuando ya Luiggi hubiese perdido la pista, le buscaría un lugar retirado y seguro, y serían dichosos todos.

VII

Al fin, había llegado la Navidad. La víspera, Nicolás encontró a Pía radiante de felicidad.

—Ya se fué ayer—le dijo—. ¡Bendito de Dios vaya! Se ha ido muy contento, sin sospechar nada. Yo le he dado dos vueltas a la llave de la casa, y no vuelvo más allí. Aquí nos quedamos, con Giovanna, hasta pasado mañana, que nos marcharemos. Me asusta un poco el viaje sola y verme en esa ciudad tan grande... Pero tú no tardarás.

—No; nosotros saldremos dentro de quince días.

—Muchos son. Pero luego nos desquitaremos. Como dicen que París es tan grande que no se conoce la gente de un barrio a otro, en mi barrio yo seré tu mujer.

—Eso me gusta. Ahora descansa, olvida temores, de los que yo también he participado, y celebra hoy bien la Nochebuena.

—¿Sin ti?

—Nosotros celebraremos la *Tardebuena*.

Estuvo Nicolás muy alerta en no dejar pasar el tiempo. No quería faltarle a Victoria, que al despedirlo le había dicho:

—No tardes. Tenemos un menú de Nochebuena com-

pletamente napolitano: *Vermicelle* al jugo de peces y el indispensable *capitone*. Mi madre ha enviado un vino añejo de Procida, que te gustará.

Nicolás le había prometido volver temprano, y quería cumplírselo. Estaba contento de ver felices a todos los que amaba. Nicolasito tenía su árbol de Navidad y no dejaba sola a Giovanna ni un momento, entretenido en ver cocinar todas las buenas cosas que se preparaban. Salía de la cocina una tufarada de buen olor, que despedía la anguila *(capitone)* de la cena clásica.

—Huele para resucitar a un muerto—dijo al despedirse.

Las plazas del Carmen y del Mercado estaban llenas de gente. Con su rebeldía meridional, las vendedoras salían de sus puestos y las *Bancherelles* lo invadían todo, plazas y vías, extendiéndose por la vía Porto.

Nicolás tomó aquel camino con la esperanza de encontrar pronto un coche. Se hacía difícil transitar entre la multitud. Los vendedores de *capitones* estaban en mayoría. Era como si se hubiera realizado un milagro de multiplicar los *capitones* para que no faltase uno en cada casa.

Resonaban los gritos llamando a los compradores, para atraerlos a sus puestos. Unos hacían notar que aún respiraba el que ofrecían.

—*Sanco vive! Oh, che bella cosa! Friceccano! Friceccano!*

Otro llamaba a las mujeres:

—*Je! Capitone vivo! Stu capitone!*

Aunque la noche se preparaba fría y obscura, el millón de habitantes de Nápoles parecía estar en la calle. Sobre todo, los niños. La Pascua era la fiesta de los niños. Todas las mujeres llevaban, como patente de

fecundidad, cogidos de la mano o de sus faldas, ristras de muchachos, que se enredaban en las piernas de los transeuntes.

Abundaban las *zampognari* de los Abruzos, con sus trajes típicos. Había zambombas en todas las manos. Era la resurrección del intrumento típico y primitivo, que no tiene más que ese momento de vida en todo el año.

A su lado, un marinero desgalichado y perezoso iba canturreando una de esas canciones que se lanzan en la fiesta de Piedegrotti, donde se estrenan las canciones del año. Canturreaba, caminando con ese paso vacilante que da la costumbre de pisar las tablas de los navíos, con su equilibrio inestable, y sin quitarse de la boca el cigarrillo apagado, adherido al labio inferior:

Vicino a nenna mía
sempre io voglio stá.
Lle-rá, lle-rá, lle-rá.

Nicolás se quedó mirando aquel hombre; le traía un vago recuerdo, no sabía de quién. Pero él se alejó para ayudar a poner un *capitone* en la cestilla que caía, amarrada de una cuerda, desde un tercer piso.

Al fin, a la entrada de la vía Piliero encontró Nicolás un coche. Fuera de la baraúnda, las calles parecían entristecidas y desiertas, con los escaparates cerrados; sólo brillaban las luces de los santos y las hornillas de las castañeras, inmóviles tras ellas, con aspecto de *soledades*, repitiendo, soñolientas: "¡Calientes! ¡Son pasteles!"

Sentía oprimido el corazón como por un mal presentimiento, que sólo lo abandonó al oír la campana de su palacio anunciando alegre su llegada, y verse en brazos de Victoria, que lo esperaba, soberbiamente hermosa, a la puerta del salón, bien caldeado.

VIII

Al día siguiente, Nicolás se apresuró a correr a casa de Pía.

—Si vieras—dijo ella—. Perdimos la cabeza y acabamos tocando la zambomba hasta la una y media, que se durmió Nicolasito. Nos hemos levantado tarde y hemos comido las sobras y rebañaduras.

—Me alegro. Se me metió en la cabeza que te sucedería algo malo. Tengo gana de que te alejes de aquí. ¿Sabes ya a qué hora sale mañana el tren?

—Sí, a las siete de la mañana.

—Es hora en que no puedo ir a la estación. Nos despediremos hoy.

Lo llevaba todo dispuesto: dinero y billetes del tren, letras sobre París y un regalo de mil liras a Giovanna, que lo tomó haciendo esfuerzos para llorar, con esa obligación de llorar que creen tener los pobres cuando reciben un presente.

Nicolás se sentía dichoso de poder conciliarlo así todo. Se despidió alegremente, besando a Pía y al pequeñuelo.

—¡Hasta París!

Ella lo retuvo, abrazada, largo rato.

—Soy tan feliz, que tengo miedo—dijo.

Volvió a besarla y se alejó. Desde la calle miró al balcón y recibió en plena cara los besos que le tiraban Pía y el niño besándose las puntas de los dedos y sacudiendo los puñados de besos que fabricaban.

Seguía la animación popular en todos aquellos alrededores. La puerta de la iglesia del Carmen, abierta de par en par, dejaba ver el fondo de horno en que se quemaba incienso.

Temiendo al barullo de la vía del Porto, Nicolás se dirigió por la plaza del Mercado, cruzó al lado de la Fuente de la Sangre de Conradino y llegó frente a S. Biagio. Un *banditore*, vestido arlequinescamente, con su gorro de cascabeles y su largo báculo dorado y lleno de cintas, estorbaba el paso.

Después de los cantares con que atraía la atención del público, comenzaba su pregón:

—¡Acudid, caros hermanos, a la taberna de Miccio, en el *Castel Capuano!* Regala el vino del Vesubio y da de balde el *Chianti*. No tenéis más que ir y poner la boca en los toneles.

Después de su bando comenzaba a saltar y hacer cabriolas entre la pandilla que lo acompañaba, y luego volvía a cantar, con voz cascada, la vieja canción:

Carmela, yo parto
muy lejos de ti.

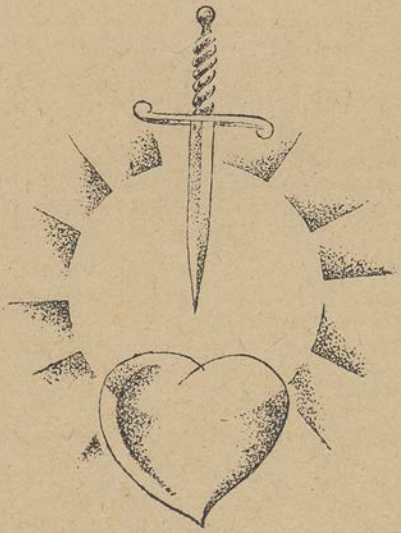
Quiso Nicolás retroceder, para ganar la próxima bocacalle que desembocaba en la plaza, siguiendo la acera de Santa Craz; pero la aglomeración de gente dificultaba sus movimientos. Estaba prensado entre la multitud.

De pronto sintió un empujón violento, un pinchazo..., una cosa fría... Cayó de bruces en el suelo.

La multitud abrió plaza. Resonó un grito:

—¡Un hombre muerto!

Unos huyeron, otros avistaban, curiosos. Nicolás permanecía inmóvil, boca abajo. En su espalda se veía clavado el cuchillo bien conocido en el barrio de los antiguos camorristas, el cuchillo que mata solo y cuyo dueño no se descubre jamás. ¡El cuchillo *Misericordia!*



TERCER CONCURSO DE REGALOS

DE

LA NOVELA MUNDIAL

Conforme estaba anunciado, el miércoles 27 de julio pasado se celebró el sorteo de los regalos correspondientes al tercer concurso, siendo agraciados los números siguientes:

1.° Núm. 1.364.—Una magnífica pianola-piano de la acreditada marca **The Æolian Company**, último modelo, a D. Guillermo Dardellaus. Tamarite (Huesca).

2.° Núm. 2.558.—Un gramófono portátil, marca ACO, de la misma casa **The Æolian Company**, a D. Luis Garzón Romero. Barcelona.

3.° Núm. 1.301.—Otro gramófono portátil igual al anterior, a D. Anatolio Martínez. Canalejas, 2. Ayora (Valencia).

4.° Núm. 2.935.—Veinte novelas de cinco pesetas ejemplar, a elegir de la lista que se incluye en esta novela, a D. Romualdo Gálvez Díaz. Sevilla.

5.° Núm. 1.125.—Idem íd., a D. Severiano Rodríguez. Sección octava de Cartería. Barcelona.

6.° Núm. 3.214.—Idem íd., a D. Amadeo Petisco. Banco Hispanoamericano. Villena (Alicante).

7.° Núm. 3.345.—Idem íd., a D. Francisco Martín. Marqués, 6 Almería.

8.° Núm. 2.311.—Idem íd., a D. Pedro Miguel Moya. General Lasso, 42. Cuenca.

9.° Núm. 1.567.—Idem íd., a D. Pedro Rodríguez Sánchez. Bilbao.

10.° Núm. 1.470.—Idem íd., a D. Manuel Ruiz Molina. Alamos, 43 y 45. Málaga.

Las personas agraciadas podrán pasar a recoger los regalos, o enviar persona autorizada debidamente para ello, hasta el día 31 del corriente, en las oficinas de **La Novela Mundial**, Paseo de San Vicente, 20, pasada cuya fecha se considerarán caducados.

La Administración.

LA NOVELA MUNDIAL

GRATIS ✂ GRATIS ✂ GRATIS

COMO PUEDE LEER GRATIS LA NOVELA MUNDIAL

Remitiendo el cupón adjunto, cuyo valor es de **treinta céntimos**, más el resto hasta completar el importe del libro, recibirán éste franco de porte.

Observaciones importantes para los pedidos.

El cupón no puede utilizarse más que para un solo libro.

Las peticiones de libros se harán directamente a la Administración de LA NOVELA MUNDIAL, Paseo de San Vicente, 20. Apartado 8.015

BORRAS (Tomás):

La pared de tela de araña (Novela de Marruecos)	4
Noveletas	4
La mujer de sal	4
Fantochines (ilustraciones de Bagaría)	4
La Anunciación (ilustraciones de Fontanals)	3
El hombre más guapo del mundo	2,50
El Avapiés (con grabados de Goya)	3
El sapo enamorado (ilustraciones de Zamora)	3
Las rosas de la fontana (poesías)	2,50

INSUA (Alberto):

El negro que tenía el alma blanca	5
La mujer, el torero y el toro	5

LOPEZ DE HARO:

Sensaciones de Julia	5
La Venus miente	5
Entre todas las mujeres	5
Un hombre solo	5

MAS (José):

El rastrero	5

PEREZ DE AYALA:

A. M. D. G.	5
Tinieblas en las cumbres	5
Troteras y danzaderas	5
Luna de miel, luna de hiel	5
Trabajos de Urbano y Simona	5

Cupón para descuento de libros **0,50 cts.**

LA NOVELA MUNDIAL

DIRECTOR: J. GARCIA MERCADAL

Algunos de los números publicados

BAROJA (PIO)
1. *La casa del crimen.*
31. *El horroroso crimen de Peñaranda del Campo.*

BUENO (MANUEL)
5. *La dulce mentira.*
49. *Una historia de amor.*

CASTRO (CRISTOBAL DE)
6. *La inglesa y el trapense.*
43. *Clavellina.*
65. *La jaula de oro.*

INSUA (ALBERTO)
27. *En el alegre Madrid de 1905.*
33. *La señorita y el obrero o Un flirt en la verbena de San Antonio.*
40. *Mademoiselle Simone en Madrid.*
55. *La casa de los solteros.*
66. *El galán supersticioso.*
El vicio y la virtud en el Atlántico (en prensa).

LOPEZ DE HARO (RAFAEL)
19. *¿Eres tú?*
35. *Se ignora cuál de las dos.*
51. *Cara a cara.*
64. *El hombre del sombrero gris.*
75 *Mi amigo el viajero.*
Eva en el hotel (en prensa).

VALLE-INCLAN (RAMON DEL)
10. *El terno del difunto.*
24. *Ligazón.*
41. *Ecos de Asmodeo.*
72. *La hija del capitán.*

CAMBA (FRANCISCO)
62. *La garra invisible.*
74. *Piedra rodada.*
Crimen de mujer (en prensa).

CARRERE (EMILIO)
68. *Aventuras de Lázaro de Ocaña.*
Amor de sacrificio (en prensa).

PEDRO (VALENTIN DE)
38. *El estigma de un beso.*
69. *El hijo del rey.*
La mujer que había perdido a Dios (en prensa).

MARIN ALCALDE (ALBERTO)
44. *El precio de la dicha.*
Una huella en la nieve (en prensa).

COLOMA (JESUS R.)
18. *Los hijos de la carroña.*
54. *Los Linajes.*
71. *Se rifa un marido.*
Cómo aman las africanas (en prensa).
Entre pamúes (en prensa).

LLAMPAYAS (JOSE)
56. *El oso del señor Gimson.*
El violín de Emmy (en prensa).
Francho Mur (en prensa).

LORENTE (JUAN JOSE)
28. *El ultraje.*

Aparecerá el jueves 11 de agosto de 1927, el número 74

FRANCISCO CAMBA

PIEDRA RODADA

INFANTIL RIVADENEYRA

PARA PREMIOS PARA REGALOS

SERIE A.—Estuche artístico de 40 cuentos Liliput, ilustrados por los mejores caricaturistas. Precio: 2,50 ptas.

SERIE B.—Estuche artístico de 32 cuentos Liliput, con ilustraciones de los mejores dibujantes. 2 ptas.

SERIE MIGNON.—Estuche de ocho cuentos, con la vida de Mariquita. 1 peseta.

SERIE VELÁZQUEZ.—Estuche de ocho cuadernos de dibujo por el popular dibujante "Karikato". 1,50 ptas.

SERIE BLANCA.—Estuche de cuatro cuentos. Apreciadísimo regalo para las niñas. 1,25 ptas.

SERIE ROSA.—Estuche de cuatro cuentos en colores. 1,50 ptas.

SERIE ORO.—Compuesta de siete cuentos en cartoné: Buby se convierte en pájaro.—Buby escribe a los Reyes.—Buby encuentra un tesoro.—Maruja.—Las tres pruebas de Segismundo.—La protegida de las flores.—El bloqueo del castillo de Catapún.—Cada cuento en colores, una peseta.

SERIE FANTASIO.—*Alicia en el País de las Maravillas*. Precioso cuento en colores. 2 ptas.

CARPETAS DE MUÑECOS RECORTABLES

Contiene cada carpeta artística 10 planas de las populares *Mariquitas recortables*. 1,25 ptas.

Todos los pedidos a nombre del Sr. Administrador de la *Infantil Rivadeneyra*, paseo de San Vicente, núm. 20.

NOTA IMPORTANTE

A los lectores de la NOVELA MUNDIAL se hará un descuento del 20 por 100 remitiendo el adjunto cupón.

CUPÓN REGALO
Vale para el 20 por 100 de descuento en los cuentos de la Infantil Rivadeneyra.

Se ha publicado

EN ZIGZAG

(Por tierras vascas de España y Francia)

de

J. García Mercadal

Precio: 5 pesetas

Pídase en todas las librerías

LOS DOS ÉXITOS INSUPERABLES DE ALBERTO INSUA

El negro que tenía el alma blanca

NOVELA

Nueva y artística edición

Acaba de ser traducida al portugués y al francés

La mujer, el torero y el toro

NOVELA

Historia amenísima y dramática de una competencia torera

Una encantadora figura de mujer

El toro en el campo de Andalucía

LEA USTED

GABRIELA

HISTORIA DE UNA POBRE MUJER

POR EL GRAN NOVELISTA

M. Fernández y González

Esta obra constará aproximadamente de

30 CUADERNOS

publicándose por cuadernos semanales.

Cuaderno, 25 céntimos.

Suscripción por cada mes, 1 peseta.

CÓMPRELA

Relatos emocionantes del genial novelista.
Nutrida lectura, con ilustraciones.
La más económica y mejor presentada.

ESPLENDIDOS REGALOS A LOS LECTORES

Pida gratis el primer cuaderno.

ADMINISTRACION: RIVADENEYRA, S. A.

Paseo San Vicente, 20. - MADRID

Rivadeneyra (S. A.).—Artes Gráficas.